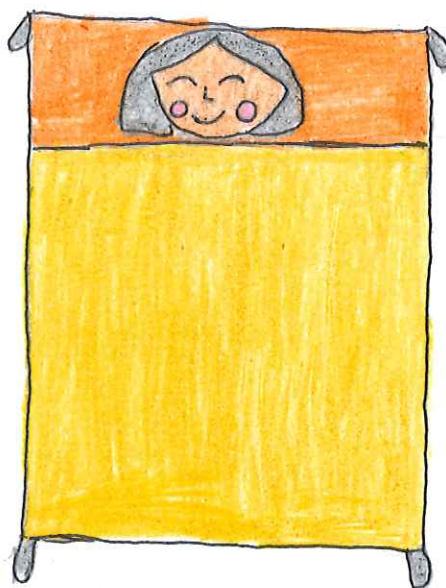




Tu, yo y el Alzheimer



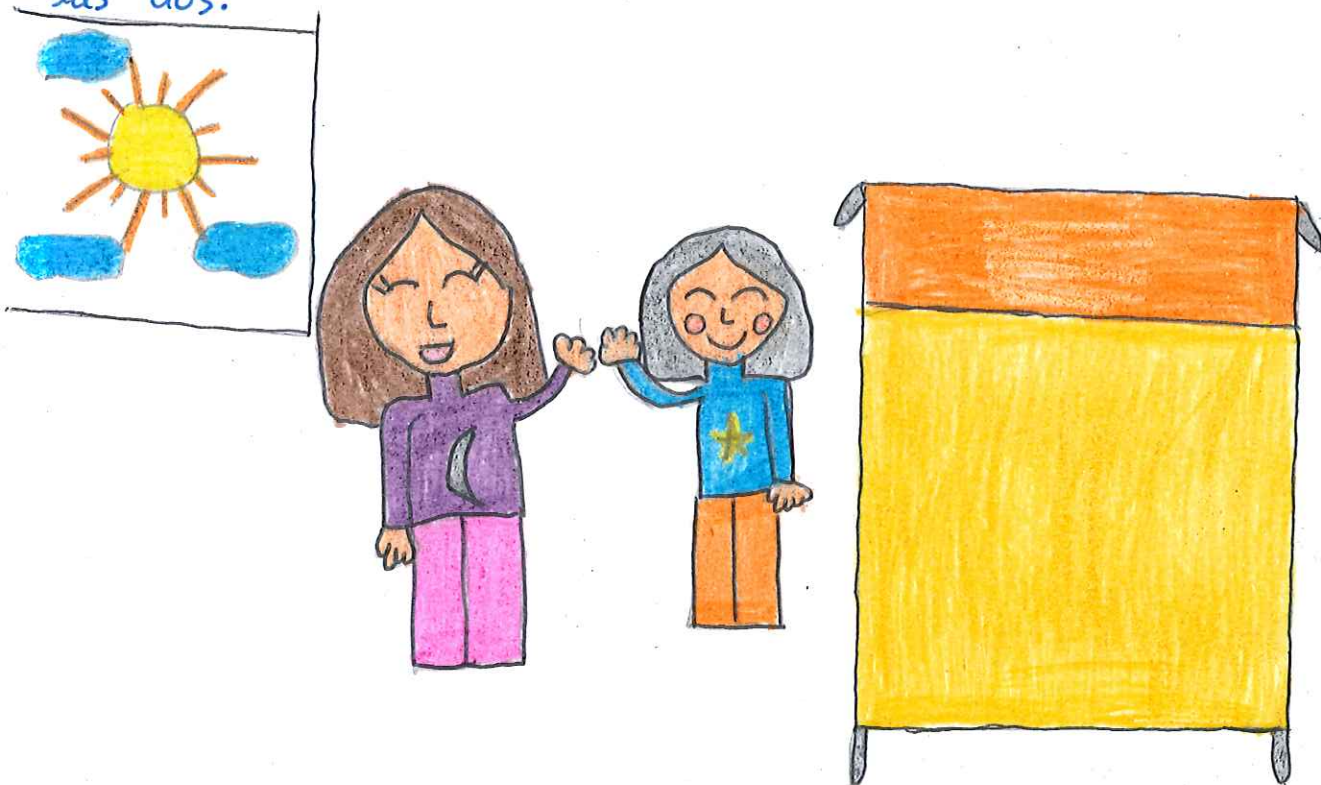
Esa mañana me desperté y fui corriendo a la habitación de mi abuela.
-¡Buenos días, abuela!- le dije sonriendo.

Pero ella me miró con cara de sorpresa y preguntó:
-¿quién eres tú?

Me quedé quieta, sin poder decir nada. Sentí un nudo en mi garganta. La enfermera me había dicho que a veces el Alzheimer hacía que las personas olvidaran cosas, pero nunca pensé que me olvidaría a mí.

Me acerqué despacito y la tomé la mano.
- Soy Celeste, tu nieta - le dije con voz suave.
Ella sonrió, aunque noté que no me recordaba.

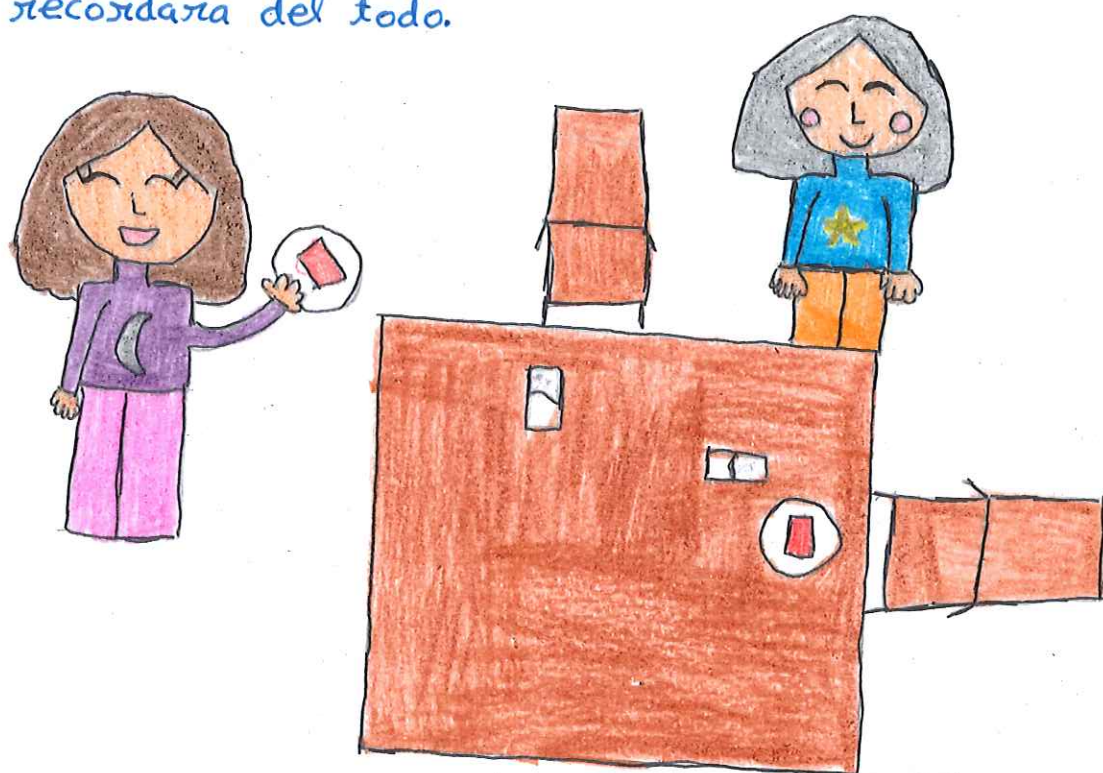
Entonces pensé que, si mi abuela no podía recordaría todo lo que
habíamos vivido juntas. Ese día empezó una nueva etapa para
las dos.



Le preparé el desayuno: pan con mermelada, como siempre le gustaba.

Mientras comíamos, le conté historias de cuando me enseñó a tejer ligandas y a hacer pasteles de fresa.

A veces se reía, otras se quedaba callada, pero yo seguía hablando. Sentía que así nuestros recuerdos seguían vivos, aunque ella no los recordara del todo.



Por la tarde salimos al jardín. Le mostré las flores que habíamos plantado juntas hace tiempo.

-Mira, abuela, esas rosas las cuidaste tú -le dije.

Ella las tocó con cariño y murmuró:

-Qué bonitas son...

Yo sonreí. Me di cuenta de que, aunque mi abuela olvidara el pasado, aún podía disfrutar del presente.



Desde entonces, todos los días le cuento quien soy, le muestro fotos y la hago reír.

A veces, por unos segundos, me mira a los ojos y dice mi nombre:
-Celeste

